

## XII

### Wellington.

Este hombre ha tenido la desgracia de ser afortunado en todo aquello en que fueron infortunados los hombres más grandes de la tierra, y esto es lo que nos subleva y nos le hace aborrecible. No vemos en él más que el triunfo de la necedad sobre el genio: ¡que Arturo Wellington alcanza la victoria donde sucumbe Napoleón Bonaparte! Jamás hombre alguno fué más irónicamente mimado por la fortuna, que parece sólo quiso hacer patente su huera pequeñez al alzarle sobre el pavés de la victoria.

La fortuna es hembra, y tal vez abriga secreto resentimiento hacia el hombre que derrocara á su favorito de otros días, aun cuando tal caída ella misma la quiso. Ahora le da el triunfo de nuevo en la emancipación de los católicos, en otro combate en que sucumbe Jorge Canning. Quizá se le hubiera amado si hubiera sido el pobre Londonderry su predecesor en el ministerio; pero sucede al noble Canning, al llorado, al adorado, al gran Canning, y vence allí donde Canning sucumbe.

Sin tan malhadada fortuna, quizá Wellington podría pasar por un grande hombre; no se le aborrecería, no



se le mediría, al menos, por la medida heroica con que se mide á un Napoleón ó á un Canning, y no se habría descubierto cuán pequeño hombre era.

Es un hombre pequeño, más aún que pequeño. No han podido decir los franceses cosa más cruel de Polignac que: «fué un Wellington sin gloria». En efecto, ¿qué le queda á Wellington si se le quita su gran uniforme de glorioso mariscal de campo?

Acabo de hacer la mejor apología de Lord Wellington — en el sentido inglés de la palabra — (1). Pero lo que causará estupor es que, lo confieso lealmente, en una ocasión hice un completo elogio de este héroe y de sus victorias. Es, á fe, una buena anécdota, y voy á referirla.

Era mi barbero en Londres un radical llamado Mister White, un pobre hombrecillo envuelto en su traje negro y raído de blanquecino reflejo. Era tan mezuquino, que su rostro, visto de frente, no parecía más que un perfil, y sus suspiros eran visibles en su pecho antes que de él salieran, y estaba siempre suspirando, sobre todo por las desdichas de la vieja Inglaterra, y por la imposibilidad de que llegara nunca á solventarse la deuda nacional.

— «¡Ah! — oíale continuamente suspirar — ¿Qué le importaba al pueblo inglés que Fulano ó Zutano reinasen en Francia, ni que los franceses hicieran en su país lo que quisieran? Pero la alta nobleza y el alto clero temían los principios liberales de la revolución francesa, y para sofocarlos tuvo John Bull que derra-

(1) Falta esta frase en la versión francesa.

mar su sangre y su oro y contraer todavía cuantiosas deudas. El objeto de la guerra está ya conseguido; la revolución está ahogada; se han cortado las alas á las águilas de la libertad francesa; la alta nobleza y el alto clero pueden estar ya completamente seguros de que ninguna de ellas pueda tender el vuelo y atravesar el canal; pero la alta nobleza y el alto clero debían, al menos, pagar ahora las deudas que se han contraído en su propio interés y no en el del pobre pueblo. ¡Ah, pobre pueblo!

Siempre que llegaba á lo de «pobre pueblo!» suspiraba Mister White más profundamente, y sacaba el estribillo de que el pan y la cerveza estaban demasiado caros, y que el pobre pueblo se tenía que morir de hambre para dar pasto á lucios lores, perros de caza y clérigos, y que no quedaba más que un recurso. Y, mientras decía estas frases, solía ponerse á afilar la navaja, y, al paso que la frotaba en una y otra dirección contra la badana, murmuraba lenta y coléricamente: «¡Lores, perros, clérigos!»

Pero contra el Duque de Wellington era contra el que se desbordaba siempre su ira radical con mayor impetu, y escupía bilis y veneno en cuanto ocurría hablar de él; y si en este momento me daba jabón, lo hacía con espumarajos de rabia. Un día llegó á inspirarme verdadera inquietud, pues al tiempo que se desataba en dicterios contra Wellington me estaba afeitando precisamente junto al cuello, y entre rapa y rapa no dejaba de murmurar: « — Si le tuviera al alcance de mi navaja, le ahorraría la pena de cortarse el cuello como su cofrade y paisano Londonderry, que se dego-



lló en North-Cray, en el condado de Kint. ¡Así Dios le confunda!»

Ya sentía que le temblaba la mano, y, temeroso de que en su arrebato se llegase á figurar de repente que yo era el Duque de Wellington, procuré calmar su violencia é irle tranquilizando poco á poco. Teniendo en cuenta su orgullo nacional, le hice ver que Wellington había aumentado las glorias de los ingleses, que había sido siempre tan sólo una máquina inocente en manos de un tercero, que gustaba mucho del *beefsteak* y que, en fin, Dios sabe lo que añadí en loor de Wellington mientras tuve el cuello bajo su navaja.

\*  
\*\*

Lo que más me irrita es el pensar que Arturo Wellington sea tan inmortal como Napoleón Bonaparte, pues, de análoga manera, tan inolvidable se ha hecho el nombre de Poncio Pilatos como el de Cristo. ¡Wellington y Napoleón! Es un fenómeno extraño que el espíritu humano pueda pensar en los dos al mismo tiempo. No puede ser mayor el contraste que existe entre ambos, hasta en su aspecto externo. Wellington, vulgar fantasma, alma incolora en cuerpo de maniquí (1), sonrisa inexpresiva en un rostro de hielo; después de esto, figuraos la imagen de Napoleón, y ¡á cada divinidad su ofrenda! (2).

(1) *Aschgrauen. Seele in steifsteinernen Körper.* Literal: Alma gris ceniza en cuerpo de tela engomada.

(2) Esta frase falta en la versión francesa; *¡Jeder Zoll ein Gott!*

Jamás se borra esta imagen de mi memoria. Le veo siempre sobre su caballo de gran alzada, con aquellos ojos eternos que brillan en su marmóreo rostro imperial, que, tranquilo como el Destino, ve desfilar á sus pies su guardia. La enviaba á Prusia, y los viejos granaderos elevaban hacia él su mirada con adhesión sombría, con severo aspecto de iniciados y orgullo de moribundos...

*¡Te, Cæsar, morituri salutant!*

A veces me asalta una secreta duda; la de si realmente le he visto, la de si realmente somos sus contemporáneos, y entonces me parece que su imagen se desprende del estrecho marco del presente, y cada vez más altivo, más majestuoso, retrocede en el crepúsculo del pasado. Su nombre suena ya para nosotros como una leyenda del antiguo mundo y precisamente tan antiguo y tan heroico como los nombres de Alejandro y de César. Es ya una palabra de fusión y alianza entre los pueblos, y cuando el Oriente y el Occidente se encuentran se entienden mutuamente con sólo pronunciar su nombre.

Cuál es su significación y cuán mágicamente puede sonar este nombre, lo sentí con toda su profundidad un día en que subí en el puerto de Londres, en el sitio do se hallan los *docks*, á bordo de un buque de las Indias orientales, que precisamente acababa de llegar de Bengala. Era un gigantesco buque con numerosa tripulación indostánica. Las grotescas figuras, los grupos con extraños y abigarrados trajes, su aspecto enigmático,



la maravillosa agilidad de sus movimientos, los salvajes y extraños sonidos de su lenguaje, su algazara y risa, que contrastaba con la seriedad de algunos semblantes de color azafranado, cuyos ojos como negras flores me contemplaban con inconcebible melancolía, todo ello despertaba en mí una sensación como la que producen los cuentos de encantos. Me sentí transportado á los de Scheherezada, y aun pensé iban á aparecer las palmeras con sus largas hojas, los camellos cuelludos, los elefantes cargados de oro y tantos otros árboles y animales fabulosos. El sobrecargo, que se hallaba en el buque y que entendía tan poco como yo la lengua de aquella gente, en su buen exclusivismo británico, apenas pudo decirme nada acerca de qué casta de pueblo era aquél, compuesto en su mayoría de mahometanos recogidos acá y allá de todos los extremos del Asia, desde las fronteras de la China hasta el mar de Arabia, entre los que había algunos africanos de tez negra y lanudo cabello.

Tan hastiado como estaba de la vida monótona de Occidente, tan cansado de Europa como me sentía entonces, fué para mí aquel trocito de Oriente, que alegre y pintoresco ante mis ojos se movía, como un refrigerante; mi corazón se sintió reanimado al menos por algunas gotas de aquel licor por el que había suspirado con frecuencia en las brumosas noches invernales de Hannover y de Prusia, y aquellas extrañas gentes bien podían ver cuán grata me era su vista y de qué buena gana les hubiera dirigido una frase cariñosa. Yo también comprendí, viendo sus afectuosas miradas, que también hubieran querido decirme algo amistoso,

y era una lástima que ninguno comprendiera la lengua de los otros. Por fin encontré un medio de darles á entender en una palabra mis sentimientos de amistad, y tendiendo respetuosamente la mano como para saludarles, pronuncié este nombre: ¡Mahoma!

De pronto se iluminaron los oscuros rostros de aquellas extrañas gentes, cruzaron ceremoniosamente los brazos y contestaron á mi amistosa salutación pronunciando este otro nombre: ¡Bonaparte!



### XIII

#### La emancipación (de los pueblos).

Si algún día vuelvo á tener tiempo que dedicar á ociosas disquisiciones, demostraré, con toda la prolijidad de razones posible, que no fué la India, sino el Egipto, el que produjo ese régimen de castas que hace dos mil años se está disfrazando con el traje de cada país, y ha sabido engañar á cada época, adoptando su propio lenguaje; que si acaso ahora está muerto, simulando apariencias de vida, sigue viajando entre nosotros, insalubre y de mal agüero, envenenando nuestra lozana existencia con su hedór de cadáver, y, como vampiro medioeval, extrae del corazón la sangre y la vida de los pueblos. El fango del valle del Nilo no sólo produjo los cocodrilos que sabían llorar perfectamente, sino también esos sacerdotes que aun saben hacerlo mejor, y ese privilegiado y hereditario estado militar que sobrepaja á los cocodrilos en voracidad y espíritu sanguinario.

Dos hombres profundos, alemanes ambos, descubrieron los más eficaces talismanes contra el encanto de la peor de las plagas de Egipto, y por medio de la magia negra — la pólvora y la imprenta — quebrantaron el poder de esa jerarquía espiritual y temporal que se formó mediante la alianza de las castas sacerdotal y



guerrera, esto es, de la llamada Iglesia católica y del feudalismo, y que esclavizó á la Europa entera espiritual y socialmente.

La prensa de la imprenta aplastó el edificio de los dogmas en que el gran sacerdote de Roma aprisionara los espíritus, y el Norte de Europa respiró otra vez libremente, aliviado de la presión nocturna de ese fantasma llamado clero que, aunque es cierto que se continuaba en la forma de la casta egipcia, hereditariamente, podía permanecer tan fiel al sistema sacerdotal egipcio que no sólo se perpetuase naturalmente por replantación, sino de un modo contranatural, por reclutamiento, á la manera de los cuerpos de mamelucos, como corporación de célibes que aun más austera es. También vemos cómo la casta guerrera ha perdido su poderío desde que la vieja rutina del oficio carece de utilidad, dada la nueva táctica de la guerra; pues los sonidos de las trompas de los cañones pueden derribar á su soplo los más fuertes castillos torreados, con la misma facilidad que las de antaño los muros de Jericó; el férreo arnés del caballero protege contra la lluvia de plomo tan poco como la chaqueta de tela del campesino; la pólvora hace á los hombres iguales; lo mismo mata el fusil del noble que el del plebeyo. El pueblo se levanta.

\*  
\* \*

Los antiguos esfuerzos que se reconocen en la historia de las repúblicas lombarda y toscana, en los condejos españoles y en las ciudades libres de Alemania y de otros países, no merecen el honor de ser considera-

dos como un despertar del pueblo; no hay en ellos anhelo alguno de libertad, sino sólo de libertades; no se lucha por el derecho, sino por fueros; las corporaciones batallaban por obtener privilegios y así todo quedaba encerrado en los estrechos límites de la Gilda y del gremio.

En tiempo de la reforma es cuando por vez primera se generaliza y se hace más inteligente el combate; se reclama ya la libertad, no como un derecho recibido, sino como un derecho primordial; no como algo que se ha poseído, sino como algo que es ingénito. Ya no se sacan á luz antiguos pergaminos, sino principios, y los campesinos en Alemania y los puritanos en Inglaterra invocan el Evangelio, cuyas sentencias representaban entonces la razón y aun mucho más, pues era una revelada razón divina. Allí está claramente expreso que los hombres todos son del mismo noble origen, que la orgullosa soberbia debe ser condenada, que la riqueza es un pecado y que también los pobres son llamados á gozar en el hermoso paraíso de Dios, padre de todos.

Con la Biblia en una mano y la espada en la otra, recorrieron los campesinos la Alemania del Sur é hicieron decir al opulento estado llano de la ciudad de Nüremberg que no había de quedar en pie en el reino, en adelante, casa que discrepara de la de un labrador (1). De tan verdadero y profundo modo habían

(1) Mal traducido en la versión francesa. El original: *das anders aussche*; que pareciese otra cosa, no que fuese más alta. No multiplicaremos las notas, remitiendo á lo dicho en el prólogo al tomo I.



comprendido la igualdad. Aun hoy día, en Franconia y Suabia, vemos las huellas de esta igualitaria teoría, y un respeto rayano en terror sobrecoge al viajero en presencia de este espíritu santo, cuando, al resplandor de la luna, considera las ruinas sombrías del tiempo de la guerra de los campesinos. Si éste es de una inteligencia parca, no ve más; pero si es clarividente—y lo es todo el que conoce la historia—verá también la tremenda cacería que la nobleza alemana, la más brutal del mundo, llevó á cabo en los vencidos, que fueron acuchillados, torturados, enrodados y martirizados, y verá aún que, entre los ondulantes campos de mieses, las ensangrentadas cabezas de los labriegos se hacen misteriosas señas, y que hasta se oye á una maravillosa alondra silbar, en agudo tono, un canto de venganza que remeda el del pífano de Helfenstein.

Algún mejor éxito tuvieron los *hermanos* en Inglaterra y en Escocia; su caída no fué tan ignominiosa ni tan sin consecuencias; y aun hoy se ven los frutos de su régimen. Pero tampoco lograron fundar nada estable; dominan otra vez como antes los linajudos caballeros y se regocijan con la chistosa historia de los viejos y rudos *cabezas redondas* que el bardo su aliado (1) tan lindamente describiera para entretener su ocio. No ha tenido lugar en Inglaterra revolución social alguna, la armazón de las instituciones civiles y políticas sigue en pie, el régimen de castas y la agremiación subsisten aun hoy día en ella, y aunque saturada de la luz y del calor de la civilización moderna, continúa Ingla-

(1) Walter Scott.

terra en un estado medioeval, ó, mejor dicho, en el estado de una Edad Media *fashionable* (1).

Las concesiones hechas allí á las ideas liberales han sido penosamente arrancadas á esa medioeval rigidez; todas las modernas mejoras, en vez de ser consecuencias de un principio, sólo deben su origen á la fatalidad de los hechos, y llevan todas consigo ese maldito estigma de desacuerdo que acarrea siempre nuevas angustias y nuevos duelos á muerte con todos sus consiguientes peligros. La reforma religiosa se verificó sólo á medias, y, entre las cuatro frías paredes de calabozo de la Iglesia episcopal anglicana, se encuentra uno mucho peor aún que en la amplia, lindamente pintada y muellemente almohadonada cárcel espiritual del catolicismo. No ha sido mucho mejor conducida la reforma política; la representación del pueblo es todo lo deficiente posible, pues si las clases sociales no se distinguen ya por el traje, siguen distinguiéndose, como siempre, por jurisdicciones separadas, patronato, nobleza, prerrogativas, derechos consuetudinarios y otras desdichas; y si la propiedad y las personas del pueblo no dependen ya del capricho aristocrático, sino de las leyes, estas leyes no son otra cosa que una nueva clase de dientes con los que la ralea aristocrática se apodera del botín, y también otra forma de puñal con que asesina al pueblo. Seguro es que ningún tirano del continente hubiera tenido el capricho de prescribir tantos impuestos como tiene que pagar el pueblo inglés por exigencia de la ley, y ningún tirano fué jamás tan

(1) Como si dijéramos *elegante, de moda*.



cruel como esas leyes criminales inglesas que dan muerte todos los días por valor de un *shilling*, con toda la frialdad de su texto.

Aunque hace algún tiempo se están preparando muchas mejoras que introducir en este triste estado de cosas, por más que acá y allá se pongan vallas á la codicia de seglares y eclesiásticos, aunque se mejore, hasta cierto punto, la gran mentira actual de la representación popular, concediendo de cuando en cuando á grandes centros fabriles el derecho electoral de algún extinguido *rotten borough* (1), y se dulcifique también en uno ú otro sitio la dura intolerancia, privilegiando á la vez á alguna otra secta, todo ello no será más que composturas de viejo, de bien poca duración, y el sastre más tonto de Inglaterra ha de prever que pronto ó tarde el viejo uniforme del Estado caerá deshecho en miserables andrajos.

\*  
\* \* \*

«Nadie cose un trozo de paño nuevo á un vestido viejo, pues el trozo nuevo se llevará lo viejo tras sí, y el desgarrón será mayor. Nadie encerrará mosto en odres viejos, pues de otro modo el mosto destrozará los odres, el vino se derramará y los odres quedarán inútiles. Al contrario, se envasará el mosto en odres nuevos» (2).

La más profunda verdad sólo brota del amor más profundo; de aquí la conformidad de miras entre el an-

(1) *Hedondo villorrio*.

(2) En la versión francesa añade: (*Evangelio*).

tiguo predicador de la montaña que habló contra la aristocracia de Jerusalén y los predicadores posteriores montañeses que, desde las alturas de la Convención de París, predicaron un Evangelio tricolor, según el cual no sólo la forma del Estado, sino toda la vida social tenía que ser, no remendada, sino nuevamente rehecha, con nuevos cimientos, en fin, como si acabara de nacer (1).

Hablo de la Revolución francesa, de esa época del mundo en que la doctrina de la libertad y de la igualdad salió triunfante de esa fuente general de conocimiento que llamamos razón, y que como revelación continua que se repite en cada hombre y funda un saber, debe ser con mucho preferida á esa revelación tradicional, conocida tan sólo por unos pocos elegidos, y que, no obstante, tiene que ser creída por las muchedumbres. Esta última fórmula de revelación citada, que es de suyo de naturaleza aristocrática, jamás pudo combatir el reinado de los privilegios, el privilegiado régimen de castas, con la misma seguridad que le combate ahora esta otra revelación de origen democrático. La historia de la Revolución es la historia militar de esta lucha en que todos, más ó menos, hemos tomado parte; es la lucha á muerte con el Egipto.

Aunque la espada del enemigo se embote más cada día, aunque ya seamos dueños de las mejores posiciones, no podemos aun entonar el canto de triunfo, antes de que la obra quede terminada. Tan sólo en las noc-

(1) En la versión francesa: *neuf ou complètement régénérés*. Lo que no es lo mismo.



turnas horas, en que las armas callan, provistos de una linterna, podemos dirigirnos al campamento para sepultar los muertos. ¡De poco sirven las breves oraciones fúnebres! La calumnia, ese impudente espectro, se sienta en las más nobles tumbas.

¡Ah! trátase aun de combatir á esos enemigos hereditarios de la verdad, que tan sutilmente saben envenenar la buena reputación de su contrario y que hasta supieron rebajar la dignidad de aquel primer predicador de la montaña, el más puro héroe de la libertad; pues ya que no pudieran negar que fuese el más grande de los hombres, le hicieron el más pequeño de los dioses. El que lucha con los clérigos debe estar prevenido, pues con la más diestra mentira, con la mejor urdida calumnia, desgarrarán su buen nombre y le ennegrecerán.

Pero así como esas banderas destrozadas del todo por las balas en el combate, y ennegrecidas por el humo de la pólvora, son más respetadas que las aun intactas y brillantes de los reclutas, y al fin se exponen en las catedrales como nacionales reliquias, así los nombres de nuestros héroes, cuanto más desgarrados y ennegrecidos, serán un día más entusiastamente venerados en la Santa Genoveva de la libertad (1).

También la Revolución ha sido calumniada como sus héroes, y se la ha presentado como terror de príncipes y espantajo de pueblos en libelos de toda clase. Se ha hecho aprender de memoria á los muchachos en las escuelas todas las llamadas hecatombes de la Re-

(1) En la versión francesa: *en el Panteón de la libertad*.

volucion, y, durante algún tiempo, no se ha visto en las ferias otra cosa que pinturas de la guillotina con colores rabiosos. No hay, en verdad, que negar que esta máquina, inventada por el médico francés, ortopédico universal, *Monsieur Guillotin*, con la cual se podía separar tan fácilmente las cabezas necias de los malos corazones; que esta saludable máquina se usó con alguna frecuencia, pero sólo en enfermedades incurables, tales como, por ejemplo, la traición, la mentira y la debilidad, y no se hizo sufrir largo tiempo á los pacientes, no se les torturó ni enrodó, como un día se hiciera con millares de ellos, con millares de plebeyos y villanos, de ciudadanos y labriegos que fueron torturados, atormentados y enrodados en los buenos tiempos antiguos (1).

Es verdaderamente terrible que los franceses amputaran también por medio de esta máquina la más alta cabeza del Estado, y no se sabe si por ello debe acusárseles de parricidio ó de suicidio: pero considerando las circunstancias atenuantes, hallamos que Luis de Francia fué, más bien que de las pasiones, víctima de los acontecimientos, y que los hombres que impulsaron al pueblo á tal sacrificio, los mismos que derramaron en todos los tiempos en gran abundancia sangre de príncipes, no suelen aparecer como francos acusadores.

Sólo dos reyes ha sacrificado el pueblo, y ambos más que reyes suyos lo eran de la nobleza, y no los sacrificó en tiempo de paz ni por mezquinos intereses, sino entre las más extraordinarias calamidades de una

(1) Este párrafo está atenuado en la versión francesa.



guerra, cuando se vió vendido y cuando no perdonaba ni á su propia sangre. Pero es seguro que más de mil príncipes cayeron, sacrificados á la codicia y á frívolos intereses, bajo el puñal, la espada y el veneno de nobles y de los sacerdotes. Diríase que estas castas consideran el regicidio como uno de sus privilegios, y por esta razón están interesados en lamentar la muerte de Luis XVI y de Carlos I. ¡Oh, si los reyes lo comprendiesen al fin, como reyes del pueblo, protegidos por las leyes, podrían vivir más seguros que bajo la custodia de sus nobles asesinos!

\* \* \*

Mas no sólo la Revolución y sus héroes han sido calumniados, sino que lo ha sido también toda nuestra época; toda la liturgia de nuestras ideas más santas ha sido parodiada con frivolidad inaudita, y cuando se oye ó lee á nuestros miserables detractores, llaman al pueblo canalla, á la libertad desenfrenada licencia, y, elevando los ojos al cielo, entre piadosos suspiros, deploran y lamentan que seamos frívolos y que no tengamos, desgraciadamente, religión alguna. Hipócritas devotos que se arrastran agobiados bajo el peso de sus culpas, se atreven á acriminar á una época que es quizá la más santa de cuantas la precedieron y la han de seguir, á una época que se sacrifica por los pecados de las pasadas y por la dicha de las futuras, Mesías de los siglos que apenas podría con la corona de espinas y la pesada cruz que se impusiera, á no musitar de cuando en cuando algún *vaudeville* y reír algunos chis-

tes lanzados contra los nuevos fariseos y saduceos.

No se podrían soportar tan colosales dolores sin tales burlas y esparcimientos del ánimo. ¡Cuánto más potente no resulta lo serio cuando es lo cómico quien lo anuncia! Aseméjase el siglo á esos franceses hijos suyos que han escrito libros terriblemente frívolos, y que á pesar de ello, supieron ser austeros y serios, allí donde la seriedad y la austeridad eran precisas; Laclós y aun Louvet de Couvray, por ejemplo, se batieron cuando fué necesario por la libertad con el valor y la abnegación de unos mártires; ¡no obstante, escribieron frívola y licenciosamente, y, por desgracia, carecían de religión!

¡Como si la libertad no fuese precisamente una religión tan buena como cualquiera otra! Como es la nuestra, podíamos, midiendo con el mismo rasero, declarar frívolos é irreligiosos á sus despreciadores.

Si, repito las palabras con que comencé este libro: La libertad es una nueva religión, la religión de nuestros tiempos. Si Cristo no es el dios de esta religión, es, al menos, su sumo sacerdote, y su nombre irradia venturosamente en el corazón de la juventud. Los franceses son el pueblo elegido de la religión nueva, y en su lengua se han formulado sus primeros evangelios y prístinos dogmas; París es la nueva Jerusalén, y el Rhin es el Jordán que separa el país de los filisteos de la tierra de la libertad.